

## XII

### NUEVOS PROYECTILES

(A Mariano de Cavia.)

¡Pobres boers!

Como si no tuvieran bastante con resistir á las huestes y á las crueldades británicas; como si fueran poco mortíferos los campos de concentración y las colonias de prisioneros; como si no fueran sobradamente destructores los fusiles ingleses de repetición y los cañones de tiro rápido (no á la *Weileriana*, como los nuestros, sino de verdad), y las balas dun-dun, y las granadas... *don-don* cargadas con los explosivos más poderosos, llegó un día en que comenzaron á sufrir nuevos disparos con proyectiles nuevos, mucho más terribles que todos los conocidos.

Y ¿sabes, Mariano, de dónde partió aquella agresión alevosa?

¡Ah! Esto es lo más triste... De donde menos lo podían esperar los pobres boers: de esta infortunada patria nuestra á quien todos

los injustamente oprimidos han sido siempre tan simpáticos.

¿Que si es posible, me preguntas?

¡Vaya si es posible! Como que desgraciadamente es un hecho innegable.

Y toda la culpa la has tenido tú.

Sí, querido Mariano, tú has tenido la culpa de la mayor contrariedad que últimamente affigió á los pobres boers, y que fue, á mi juicio, la que les obligó á firmar la paz con los ingleses; tú, que tienes ocurrencias diabólicas...

Entusiasmado con una de las mil hazañas heroicas de los boers, y echando de menos un poema ó siquiera una oda que dignamente la celebrara, dijiste... ¿no te acuerdas?... dijiste un día en *El Imparcial* en letras titulares: LOS POETAS DUERMEN.

¡Buena la hiciste!

¡Como hay Grilo, que la hiciste buena!

LOS POETAS DUERMEN...

¡Sí, dormirían!... ¡Qué habían de dormir, hombre!...

Es decir, los poetas puede ser que durmieran, no digo que no dormirían..., si es que, después de haber enterrado á Zorrilla y á Campoamor, nos quedaba alguno...

Pero los poetastros, los malos versificadores siempre están más despiertos que el demonio, que no duerme nunca.

Así es que, apenas el periódico llevó tu

acusación por todos los ámbitos de España, quisieron los que se creían acusados desmentirte, y comenzó á caer sobre los valientes y sufridos boers una verdadera lluvia de... sonetos, más mortíferos y devastadores que las famosas granadas de melinita...

Como lo oyes, hombre. Creyendo buena mente que lo de *poetas* iba con ellos, en cuanto se oyeron los versificadores ripiosos argüir de durmientes, cada cual hizo parapeto ó batería de un periódico ilustrado, ó sin ilustrar, y empezaron el tiroteo con ardor digno de mejor causa.

Y como seguían y seguían disparando sonetos ¡qué crueldad, Mariano amigo! y no llevaban trazas de acabar tan pronto, es claro, los pobres boers, que aun cuando no supieran mucho castellano, sabían lo suficiente para no ser del todo invulnerables al soneto ripioso y para no dejar de sentir su influjo maligno; los pobres boers, entre los que había muchas almas delicadas y de buen gusto, no pudieron resistir la granizada y aceptaron la paz á toda prisa, para que nuestros vates no siguieran disparándoles sonetos laudatorios ni haciendo estragos en el campo de la poesía...

¿Pero tú no oíste el tiroteo? ¿No te enterraste de la calidad de los proyectiles?...

Pues deja, que te voy á enseñar dos de los primeros disparados, que no llegaron á hacer

explosión, y recogidos de entre la maleza literaria de un periódico, han venido á mi poder casualmente.

Uno fue disparado desde las ventanas del *Blanco y Negro* por un tal Francisco de Espinosa, á quien no tengo el gusto de conocer, y es de esta figura:

Á LOS BOERS...

Ya ves ¡oh Mariano! que la puntería no puede ser más descarada.

Así, directamente: Á LOS BOERS.

Y después... fijate:

«Genios y musas de la eterna gloria,  
Venid á iluminar la mente mía...»

¡No pide poco el hombre! Que los genios y las musas de la eterna gloria vengan á iluminar su mente ó la mente *suya*...

Y luego... para nada. Ya verás.

Aparte de que no se sabe si esa *eterna gloria* es la que esperamos los cristianos, en la cual no hay musas, ó quiere ser la vana gloria mundana, la cual no es eterna.

Sigamos á ver:

«Genios y musas de la eterna gloria,  
Venid á iluminar la mente mía,  
Y en alas de la hermosa fantasía  
Cantaré de los boers la victoria.»

*En alas* precisamente.

Como ves, el vate no quiere cantar sino volando.

Pero ¿quién le habrá dicho á él que su fantasía es hermosa?

Pues no sé por qué se me figura á mí que no hay nada de eso.

Lo que me parece, en cambio, es que el vate debe de ser muy presumido y muy aparatoso.

Como que, para un simple soneto, hace su invocación en forma, como si fuera á cantar todo un poema épico.

Y es claro, ya ha invertido un cuarteto en la invocación...; conque, á poco que se descuide, se le va todo el soneto en ella y ¡adiós canto!

Dejémosle que siga:

«Acuden en tropel á mi memoria  
Los antiguos recuerdos que en un día  
Hicieron con los hombres de valía  
Las páginas brillantes de la historia...»

Y á todo esto, ya el vate ha concluído ambos cuartetos sin *cantar* todavía ni una palabra de la victoria de los boers.

Todo se le ha ido al hombre en preámbulos...

Digo, en disparates.

Porque ¡cuidado que disparata de tieso!

¡Hasta nos quiere hacer creer que las pá-

ginas brillantes de la historia se hicieron en un día!

Y además dice que se hicieron con los hombres de valía, en vez de hacerse con tinta y papel.

Y afirma que las hicieron los recuerdos, en lugar de hacerlas los cajistas...

¿Verdad, Mariano amigo, que es disparatar á destajo?

Pero ¿quién será el director literario del *Blanco y Negro*, que publica estas cosas?...

¿Que dicen por ahí que es Pepe Roure?...

No hagas caso; debe de ser una calumnia.

Roure es persona de buen gusto, y no podía admitir tales mamarrachadas.

Yo no lo creo, aunque me lo juren.

Seguramente habrá allí quien mande algo más que él, sabiendo mucho menos...

Pero vamos á los tercetos de Espinosa, á ver si al fin canta ó qué hace.

«Indomables, intrépidos y fieros...»

¡Bueno! pues ahora, en lugar de cantar parece que riñe.

Porque no otra cosa que el principio de una riña semeja esa gorgozada de epítetos, dos de ellos asonantes y alguno casi que injurioso.

Digo, me parece que jeso de llamar fieros á los boers, cuando se estaban pasando de humanos!...

El vate se conoce que quiso decir valientes...

Pero oigámosle:

«Indomables, intrépidos y fieros,  
Vosotros mis valientes africanos...»  
Ni de usted ni africanos verdaderos...

Mas no, éste no es el tercer verso de Espinosa; éste le hice yo sin querer, pensando en las inexactitudes ó dígase en los ripios del precedente.

El terceto entero de Espinosa es como sigue:

«Indomables, intrépidos y fieros,  
Vosotros, mis valientes africanos,  
Regáis con vuestra sangre los senderos.»

¡Hombre! ¿Los senderos precisamente, y precisamente nada más que los senderos?... También regarían los caminos, y las tierras labrantías, y los matorrales.

A lo que es cuenta, el vate este cree que los boers andaban siempre por los senderos como las cabras.

Y concluye:

«De Napoleón y César sois hermanos...»

¡Qué atrocidad! Y ¡qué verso tan largo, al mismo tiempo!

Porque debo advertir al vate que no se

dice *Napolón*, así, en tres sílabas, sino *Na-po-le-ón*, en cuatro.

Sin que valga citar el ejemplo de Samaniego, que dijo, queriendo hacer dos versos octosílabos:

«A un horrible *león* venció:  
Otro *león* que el cuadro vió...»

Porque estos dos versos no son realmente de ocho sílabas, sino de nueve; lo cual quiere decir que para de ocho son muy malos, y los malos ejemplos, sean de quien fuesen, no deben citarse ni seguirse...

El mismo Samaniego, en la misma décima, usó la palabra *león* con su prosodia propia y natural, es decir, con dos sílabas, en este otro verso:

«No fue *león* el pintor»

Pero, en fin, el caso es que el vate Espinosa concluye diciendo:

«De *Napolón* y César sois hermanos,  
Y el *espíritu ardiente* de guerreros...»

¿El *espíritu ardiente*?... ¿Será el espíritu de vino?...

A lo menos, si no lo es, lo parece; porque siendo el espíritu de vino un espíritu que

arde... pues *espíritu ardiente*; llamémoslo *hache*.

A más de que el espíritu de vino rebajado se llama *agua-ardiente*; de manera que también por aquí se ve la conveniencia del nombre.

Lo que hay es que si el vate quiso decir realmente que el alcohol era lo que hacía á los boers soberanos del mundo, fue injusto en demasía; porque los boers tienen fama de sobrios y morigerados.

A ver si acabamos el terceto:

«De *Napolón* y César sois hermanos,  
Y el *espíritu ardiente* de guerreros  
Del mundo entero os hace soberanos...»

¡Háganosio usted bueno!... ya que el soneto no le haya hecho usted así—le podrían decir los boers al vate.

No se lo dirán, porque nunca aspiraron á tanto como á ser soberanos del mundo, y ahora ya, menos.

¡Ay! Con volverlo á ser de las fértiles orillas del Vaal y del Orange, se verían contentísimos...

Con tal de que les dejaran en paz los *poetas*... con letra bastardilla...

\* \* \*

¿Ves, amigo Cavia, el daño que causaste con aquello de LOS POETAS DUERMEN? ¿Ves lo que hiciste con haber despertado la perniciosa actividad de los poetastros de nuestra tierra?...

Pues todavía como que no has visto nada, porque el otro soneto es peor, si cabe.

Y eso que no es de un vate vulgar y desconocido, como este Espinosa, con ó sin Monteros, lo cual para lo de mal poeta no alza ni baja, sino que es de un vate académico, del malogrado Emilio Ferrari.

¿Te acuerdas de Ferrari?... De aquel muchacho tan guapo, tan simpático y tan inteligente que vino de Valladolid hará veinticinco años...

Y te advierto, Mariano amigo, que si le llamo *malogrado* no es porque se muriera de joven, pues no se ha muerto aún, y Dios le dé muchos años de vida; sino porque de joven ingresó en la Academia, que viene á ser lo mismo, y no sé si diga que es peor todavía que morirse...

Pues sí; de seguro te acordarás de Emilio Ferrari, de cuando nos leía su poema *Pedro Abelardo*, con algunas otras composiciones, y todos decíamos que era un joven que prometía...

Bueno, pues nada, no ha cumplido nada...

Los académicos, ya se sabe, aunque prometan, no cumplen nunca.

A no ser que sean académicos como Comelerán y otros así, que tampoco prometen de jóvenes más que barbaridades.

Estos son los que cumplen siempre...

Pero verás, verás el soneto de Ferrari.

La dirección es: AL PUEBLO BOER.

Y en cuanto le enfila, dispara diciendo:

«Ejemplo insigne de viril constancia...»

¿Buen principio, eh?...

En un solo verso, en cuatro palabras, dos epítetos vulgares, gastados y superfluos, dos verdaderos ripios...

«Ejemplo insigne de viril constancia  
La magnitud homérica revistes...»

¿Verdad que es feo y pobre?

No encuentra el vate otra cualidad que predicar del pueblo boer más que la *magnitud*, que, entrañando principalmente la idea de tamaño ó volumen, resulta falsa; porque el pueblo boer, materialmente, es muy pequeño.

¡Cuánto más propio y más poético hubiera sido decir *grandeza*!

Ló que hay es que esta palabra no llenaba el verso...

Además, el adjetivo *homérico* puede ser aplicado á un poema, á una entonación, has-

ta á una hazaña, comparándola con las que Homero cantó aunque no las realizase; pero no puede ser aplicado á un pueblo.

Y luego el verbo *revestir* tampoco está ahí á la altura de las circunstancias.

La segunda mitad del cuarteto no es mejor, sino que guarda analogía con la primera.

Véase la clase:

«Y en esta *vieja sociedad subsistes*  
Cual *resto vivo* de tu heroica infancia.»

, Pedestre y bajo todo ello.

Impropio y pobre el verbo *subsistir*.

Inadecuado el sustantivo *sociedad*.

Impropio también y falso el adjetivo *heroica* aplicado á la infancia del pueblo boer, que en ella no fue más que agricultor laborioso.

Y luego una simpleza aquello de *cual resto vivo*, etc., y todo el verso último; pues aparte de lo despreciativo de la palabra *resto*, no tiene nada de particular que el pueblo boer sea *resto vivo* de su infancia...

Lo mismo le pasa al vate y á cualquiera: todo el que vive ó existe, ó *subsiste*, es *resto vivo* de su infancia hasta que se muere.

Pero veamos el cuarteto entero:

«Ejemplo *insigne* de viril constancia  
La *magnitud* homérica *revistes*,  
Y en esta *vieja sociedad subsistes*  
Cual *resto vivo* de tu heroica infancia.»

¿Quién nos había de decir, amigo Cavia, que aquel joven poeta del *Pedro Abelardo* había de hacer, andando el tiempo, cuartetos tan desdichados y tan malos como éste?

Seguramente no lo hubiéramos creído nunca.

Pero eso es lo que tiene la Academia... Influencia mortal. Entrando en aquella casa... ¡adiós poesía!...

Y buen gusto, y sentido común, y todo.

Segundo cuarteto:

«Resistir sin desmayo ni arrogancia  
Por tu derecho como tú resistes...»

Y van tres consonantes, que son tres segundas personas de presente de indicativo: *revistes, subsistes, resistes*...

Así... variadito.

«Resistir sin desmayo ni arrogancia  
Por su derecho, como tú resistes,  
Es renovar en nuestros días tristes,  
*Los días de Sagunto y de Numancia.*»

¡Qué nuevo es esto de «los días de Sagunto y de Numancia!» ¿Verdad?

Lo menos habré yo leído ese verso de

«Los días de Sagunto y de Numancia»

unas veintisiete veces... y media.

No creas que lo de la *media* es una exageración ó una broma.

No: es verdad.

Porque la última vez que he empezado á leer ese verso, en el soneto de Ferrari, ya no le he podido acabar...

Los tercetos dicen:

«Si en nuestro tiempo *miserable hubiera...*»

Al primer tapón... *miserable hubiera, ó miserablubiera...*

¡Qué unión de voces tan acertada y tan dulce!

Y es que la Academia endurece también y estropea el oído de los que entran en ella.

Porque bien sabido es que Ferrari, en sus verdes abriles, no hubiera puesto al final de un verso esas dos palabras juntas: *miserable hubiera*.

Con sinalefa y todo: *miserablubiera*.

«Si en nuestro tiempo *miserable hubiera*  
Un hombre como Byron, todavía,  
De alma *en su tedio...*»

¿Qué será esto de «alma en su tedio»?

Parece algo así como «calamares en su tinta».

Vamos á ver:

«Si en nuestro tiempo *miserable hubiera*  
Un hombre como Byron, todavía,  
De alma *en su tedio* generosa y fiera,  
Él, uniendo á la acción la poesía...»

El, no digo que no, quizá lo hiciera;  
Pero lo que es usted, ¡qué tontería!...  
Usted, como académico, á fe mía,  
No hace ni hará otra cosa  
Que unir prosa á la prosa  
Y ripio al ripio, un día y otro día.

Porque ¡cuidado que es prosáico el sonetillo!

«Si en nuestro tiempo *miserable hubiera* todavía un hombre como Byron, de alma generosa y fiera *en su tedio...*»

Ya lo ves, Mariano: en cuanto se les quita á los versos la forma externa, si exceptúas lo de *en su tedio*, que es lo peor, todo lo demás parece prosa corriente, aunque mala.

Veamos los dos tercetos juntos y acabados:

«Si en nuestro tiempo *miserable hubiera*  
Un hombre como Byron, todavía,  
De alma *en su tedio* generosa y fiera,  
Él, uniendo á la acción la poesía,  
Por *ti en tus campos* á morir corriera  
Y tu causa muriendo cantaríá.»

Claro que así, leídos de un tirón, no son mejores que antes.

Porque siempre les quedan el *miserablubiera*, el *alma en su tedio* y el *por ti en tus... ó portientus*, que es como se lee, y que es otra belleza de primer orden.

Y ahora, visto lo visto, ¿volverás, mi querido Mariano, á despertar á los *poetas*?

¡No, por Dios, no! Déjalos dormir... Mejor están durmiendo...

POSDATA.—Si me preguntas, amigo Mariano, por qué mezclo en este *montón* de RIPIOS ULTRAMARINOS los sonetos de dos vates peninsulares, te diré que por razón del asunto á que están dedicados, ó sea por la naturaleza de las víctimas; porque fueron disparados contra los boers, que, morando en el Africa Austral, desde que se hizo la cortadura del istmo de Suez, son ultramarinos en toda la extensión de la palabra.

## XIII

Anda por Venezuela un *Libro de lectura* en varios cuadernos, de los cuales el señalado con el número 2 ha venido por casualidad á mis manos, si es que se puede llamar casualidad á la fina atención de un amigo.

Y como el tal cuaderno número 2, formado con trozos escogidos de obras de escritores americanos, contiene muchos versos rípios, que prueban lo malos poetas que son sus autores, y al mismo tiempo el mal gusto del coleccionador, voy á entresacar y presentar algunas muestras con los correspondientes comentarios, para escarmiento y enseñanza.

Lo primero que me chocó en el susodicho *Libro de lectura* fue el título, un tanto perogrullesco; porque *de lectura* suelen ser todos los libros.

*Libro de lectura*... ¡No, que será de comestibles!... ¡Qué cosas tienen algunos literatos! Y después también me chocó, por lo malo,

naturalmente, un soneto con el título bastante largo y en verso de seguidilla.

De esta figura:

«A UNA NIÑA LLORANDO  
POR UNAS FLORES.»

«SONETO.

«Apenas niña, y el intenso duelo  
Te llena el corazón de sinsabores...»

¿Que esto así solo no tiene sentido, dicen ustedes?

Claro que no; ni con lo que sigue tampoco. Porque lo que sigue son estos dos versos:

«Y mil gotas de llanto, los fulgores  
De tus ojos enturbian con un velo.»

Y aquí, punto final.

De manera que ya ven ustedes cómo estos versos últimos de nada sirven para la inteligencia de los dos de antes.

«Apenas niña, y el intenso duelo  
Te llena el corazón de sinsabores...»

Para entender esto de alguna manera hay que suplir entre las dos primeras palabras un verbo, la segunda persona del presente de indicativo del verbo ser; «Apenas eres niña.» Pero aun así tampoco se entiende bien;

porque no se sabe si llama el vate «apenas niña», á la aludida, porque todavía no lo es enteramente, ó porque hace poco que lo es, ó porque ya va dejando de serlo.  
¡Apenas niña!...

«Apenas niña, y el intenso duelo  
Te llena el corazón de sinsabores.»

Tampoco esto último está bien. Aun prescindiendo de lo de *apenas niña*, tampoco está bien lo que sigue.

Porque el duelo *intenso* no llena el corazón de sinsabores.

Al contrario, los sinsabores son los que llena de duelo el corazón.

Pero el vate Tovar... porque este vate, autor del soneto

«A una niña llorando  
Por unas flores»,

se llama Pantaleón Tovar, y es mejicano; el vate Tovar tiene especial afición á decir las cosas al revés, porque sin duda le gustan más al revés que á derechas.

Por eso continúa su soneto diciendo:

«Y mil gotas de llanto, los fulgores  
De tus ojos enturbian con un velo.»

¡Mentira!

Los enturbiarán con llanto, es decir, por sí mismas, las *mil gotas*, aunque algunas menos serán regularmente; pero no con un velo.

¿Dónde habían de ir las *mil gotas* por el *velo* para enturbiar con él los fulgores de los ojos de la *apenas niña*?

Nada; que no se le puede creer nada á este vate.

En el segundo cuarteto sigue hablando con la *apenas niña* y la dice en un verso vulgarote y cursi:

«Quien te hace padecer insulta al cielo...»

Y después de este verso pone puntos suspensivos y pregunta á la *apenas niña* todo esto que sigue:

«¿Por qué lloras?... ¿Qué anhelas?... ¿Quieres flores?»

Estas tres preguntas, bien claro se ve que son tres ripios.

La primera desde luego estaba de más, porque ya la había contestado el vate en el título del soneto.

¿No nos ha dicho allí que el soneto iba dedicado

«A una niña llorando  
Por unas flores?»

Pues habiéndonos dicho ya eso al empezar,

¿qué necesidad tenía luego de preguntar á la *apenas niña* por qué llora?

¿Por qué ha de llorar?... Por unas flores. ¿No lo ha dicho usted antes?

Y sabiendo ya que la *apenas niña* lloraba por unas flores, ¿qué necesidad tenía tampoco de preguntarla qué anhelaba?...

Pues, naturalmente, anhelaba otras flores; y la pregunta segunda es otro ripio.

Y otro ripio es también la tercera. ¿Quieres flores?

¡Claro que las querrá! ¿Qué necesidad tiene el vate de preguntárselo, habiendo dicho ya que lloraba por ellas?

Quedamos, pues, en que las tres preguntas que forman el segundo verso del segundo cuarteto son tres ripios; y vamos adelante:

«Pues yo te las daré...»

Pues déselas usted.

Y mejor era que desde luego se las hubiera usted dado sin entretenerse á preguntarla.

«Pues yo te las daré; ¡pero no llores!...»

Así, entre admiraciones, pone el *pero no llores* el vate.

«Pues yo te las daré; ¡pero no llores!...  
No llores, alma mía...»

Me parece que bastante era decirle *no llores* una vez, aunque fuera sin admiraciones. De modo que ese segundo *no llores* viene á ser otro ripio... ¡Y las admiraciones no digo nada!

Pero reproduzcamos el cuarteto junto:

«Quien te hace padecer, insulta al cielo...  
¿Por qué lloras?... ¿Qué anhelas?... ¿Quieres flores?...  
Pues yo te las daré; ¡pero no llores!...  
No llores, alma mía; y si en el suelo...»

¡Adiós con mil diatres!

El pobre vate no pudo llenar los cuartetos con un pensamiento solo, ni con dos completos, ni con tres, ni con cuatro... y tuvo que meter á lo último un cacho de otro.

Que acabará de manifestar ó desarrollar luego en los tercetos, lo cual es cosa muy fea, porque denota mucha pobreza de númen.

Vamos á ver en qué para.

« . . . . . ; y si en el suelo  
No hallas quien bese la nevada seda  
De esa tu frente que al amor convida...»

¡Qué ha de convidar, hombre!  
¡Mire usted que una frente de seda con-  
vidará bien al amor!

« . . . . . ; y si en el suelo  
No hallas quien bese la nevada seda  
De esa tu frente que al amor convida,  
Si no hay en él quien abrazarte pueda...»

¡Qué tonterías dicen algunos vates!

Por supuesto, que ese *pueda* final debía ser *quiera*, para que la cosa tuviera sentido, aunque malo; pero como el *quiera* no es consonante de *seda*...

Verdad es que también podía el vate, en vez de hacer *de seda* la frente de la *apenas niña*, habérsela hecho de *madera*, lo cual no era más impropio, ni tanto quizá, y entonces ya podía haber dicho *quiera* en lugar de *pueda*, sin daño de la rima.

¡Ah!, y es de advertir que ese *él* del último verso copiado, «si no hay en *él* quien abrazarte pueda», no es el amor, como á primera vista parece, y como pide la sintaxis...

A la cual, teniendo que habérselas con vates de estos, lo mismo la da pedir que no pedir, porque nunca la conceden lo que la corresponde.

Ese *él* es *el suelo* que quedaba ya allá atrás, á una legua.

«Si no hay en él...»

Es decir, en el suelo.

«Si no hay en él quien abrazarte pueda,  
Ven á mi seno...»

¡Hombre, hombre!... ¿Pero usted tiene seno, vate?...

Verdad es que ya me encontré en otra ocasión con otro vate que tenía regazo... O por lo menos creía él que le tenía.

«Ven á mi seno; y beberé, mi vida...»

¿Qué querrá beber este insensato?...

## XIV

En el mismo *Libro de lectura* que anda por Venezuela, me he encontrado con una *poesía* de Andrés Bello, muy larga, aunque no muy poesía, titulada *La Oración por todos*.

Me parece haber dicho ya en otra ocasión que Andrés Bello, á quien tienen los americanos todos y especialmente sus paisanos los de Venezuela, en gran predicamento, era un pedante, que de todo quería entender y de todo hablaba y escribía con tono doctoril, y hasta hacía versos dándose aires de gran poeta, de lo cual, sin embargo, no tenía más que los aires que él se daba.

Como prueba de que Bello no era poeta, sino un mal versificador, he citado ya en otro libro (1) unos versitos de su traducción de la oda de Horacio *O navis!* en donde nos pone al sol metiéndose por la noche en una alcoba

(1) En el titulado: DES-TROZOS LITERARIOS.